

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

* * *

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO 1

BUENOS AIRES, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 27

POSITIVISMO É IDEALISMO

El idealismo tiene para los espíritus mediocres la desventaja, con relación al positivismo, de que este es presente, palpable y visible. Efectivamente, ideal quiere decir lo que todavía no se ha realizado, lo que solo existe en idea. Por eso, un espíritu limitado encontrará que vale mucho más ser positivista. Pero quien dice positivista, en el sentido general de la palabra, dice conservador, y quien dice conservador, dice enemigo del progreso.

El progreso en efecto, sólo es posible, gracias al idealismo y su seguridad descansa en la firme convicción de que el ideal es realizable. He aquí lo que entienden las inteligencias vulgares. Esto de realización del ideal está fuera de sus concepciones y sus cálculos no comprenden como es que se pasa naturalmente, de lo presente á lo futuro.

La creencia en el presente, es sin embargo, mucho más irracional y puede afirmarse que vivimos en plena evolución, es decir, en pleno idealismo. ¿Quién podría fijar el momento preciso del presente en el tiempo que pasa? ¿Quién podría afirmar la eternidad de las formas actuales que inmediatamente varían y son reemplazadas por las formas siguientes?

La naturaleza nos enseña que en su desarrollo constante y progresivo, nacen las formas más complicadas de las más sencillas, y que de los organismos más imperfectos se derivan los más perfectos: esa es la ley del progreso en la naturaleza, que también tiene su historia.

Pues el idealismo no se funda en otra cosa más que en la seguridad de que tal forma presente no es una forma última y que á ella á de seguir otra más elevada. A este título lo futuro tiene tanto derecho á ser afirmado como lo presente.

El tiempo nos arrastra junto con la evolución. La evolución y el progreso no son más que términos correlativos. El uno corresponde á la naturaleza, el otro al hombre. Este mismo ha sido por varias épocas un ideal. Todas las cosas que actualmente existen también han sido ideales. El mundo no es más que la realización del ideal.

Puede distinguirse el ideal próximo del ideal lejano. El primero está por realizarse, es la primera forma que seguirá á la forma actual. Bajo este punto de vista, nada más científico y racional que el idealismo. Dos átomos de hidrógeno que están frente á uno de oxígeno. Ya está en preparación el ideal. El agua es el ideal próximo, es lo primero que resultará de la combinación. Esta agua se convertirá en vapores, estos vapores se convertirán en nubes, las nubes se disolverán en lluvia fecundante sobre la tierra. Este es el ideal lejano.

Igual cosa ocurre con todo lo que nos rodea y envuelve. Negar el ideal, equivale á desconocer la ciencia y se sabe cuán fácil es incurrir en tal error cuando no se comprende su verdadero espíritu.

Así, pues, el conservador absoluto no se pronuncia de acuerdo con la Verdad. Sin embargo, relativamente tiene razón de ser porque representa una fuerza de equilibrio. Las formas varían, pero su transformación se realiza con más ó menos lentitud. Apresurar el cambio cuando todavía no se ha modificado lo que debe rodear la cosa nueva y asegurar su existencia equivale á malograrla. El espíritu de progreso posee un movimiento propio que no conviene precipitar, pero la detención de la marcha tiene también su límite que no debe exagerarse so pena de trabajar por la inmovilidad.

Del equilibrio entre ambas tendencias nace la armonía. Pero hay que notar lo que ambos espíritus significan y no afirmar uno exclusivamente en perjuicio del otro. El conservador mira hácia atrás, temeroso por la playa que se deja. El espíritu de progreso mira hácia adelante, hácia la nueva y lejana playa que presenta apenas su línea indecisa en el confin del horizonte lleno de luz.

CARLOS BAIRES.

EDUCACIÓN MODERNA



Entre Scylla y Garibidis.

BIER-CONVENT CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria • • Salones especiales para familias y banquetes

Atención vegetarianos!

RESTAURANT VEGETARIANO
ÚNICO ESTABLECIDO EN BUENOS AIRES
CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á él todos los que deseéis una vida sana y alegre.—Fijaos bien que la base de la existencia está constituida por una buena alimentación.

RESTAURANT VEGETARIANO - 25 DE MAYO 449 (altos)
BUENOS AIRES

G. San Germier

POR CINCO PESOS

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un **Calendario** de las sementeras - - - - -

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle Lima 1165 — Buenos Aires

LOS OBREROS CASA FUNDADA EN 1884

DE FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTICULOS PARA TRABAJADORES
CALLE DEFENSA, núm. 619

NOTA—Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

I. BONANSEA

CIRUJANO—DENTISTA MECÁNICO

Calle Moreno, 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO—DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 Buenos Aires

FOTOGRAFÍA

REFFO

Defensa 861-Buenos Aires

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre..... \$ 1.20
Año..... » 4.80
Exterior: \$ 4 oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre..... \$ 1.80
Semestre..... » 3.50
Año..... » 6.—

Número suelto: 10 centavos—Provincias: 15

Agencia de MARTIN FIERRO en el Rosario: Librería de Emilio Sotelo, Córdoba 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

* * *

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 27

BANDERAS ROJAS

El egoísmo y la estrechez de miras que constatamos en torno, viene en parte de que durante siglos y siglos, el hombre no ha tenido mas imagen de la vida ó del mundo que su aldea, su barrio, su calle ó su casa. Ha vivido en una cueva. Nadie le ha recordado que existen millares y millares de casas, calles, barrios y aldeas y que sus semejantes no son solo los cincuenta seres con quienes comercia todos los días, sino las masas innumerables que cubren el globo. A medida que los libros van horadando la ignorancia, la visión de las cosas se ensancha mas y mas. Hoy empezamos á salir de nuestra ciudad para vivir en el mundo.

La esclavitud pareció en ciertas épocas indispensable para la marcha de la sociedad, como parece hoy el salariado, como parece la propiedad individual. Riamosnos de los que creen en la perdurabilidad de los sistemas y en la inmortalidad de las olas.

Paris, 1904.

El fondo de nuestra política es hoy por hoy el personalismo, y lo peor de todo es que ese personalismo está representado por gentes que no tienen personalidad ninguna. Cuanto mas altos son los hombres, menos inclinados se sienten á dominaciones inmediatas.

Hay excesos que son dolorosos, pero que son á veces necesarios, y que, pesando las cosas en la buena balanza, resultan justos. ¿Como podríamos asombrarnos de que el dia en que el pueblo de Milán, de Trieste ó de Barcelona, que ha sufrido en estos últimos años las terribles persecuciones y ha sido victima de las atrocidades que todos conocemos, como podríamos asombrarnos, digo, de que ese pueblo, una vez dueño del poder, usara contra los que le azotaron de parecidas represalias y persiguiese y diezmasa á los que le persiguieron y diezmaron? Un exceso es consecuencia de otro. Y si el segundo nos parece reprehensible, hay que reconocer que tambien lo fué el primero.

MANUEL UGARTE.

LECTURAS

Triste condición ha sido siempre de los pueblos dejarse gobernar por palabras sin sentido. ¡Dios lo quiere! decían los nobles y sacerdotes de la Edad Media, y naciones enteras se lanzaban al Asia á dejar el suelo blanqueado con sus huesos. Tres siglos de tentativas, la muerte de millon y medio de cristianos y los triunfos de Saladino, probaron al fin que Dios no queria que conquistasen al Santo Sepulcro ó que si queria, lo que es los cristianos no eran capaces de darle ese gusto.

Al despotismo nadie lo ha definido mejor que Montesquien: es el árbol que cortan los salvajes para comerse la fruta, y nosotros decimos que es algo peor que eso, porque lo comparamos á un activo extractor que agota y seca la vertiente para que muera el terreno que regaba y desapareza la vegetación.

SARMIENTO.

La configuración del suelo aconseja al hombre muchos actos, de los que este es sólo cómplice más de lo que se cree. En presencia de ciertos paisajes feroces, se siente uno tentado á disculpar al hombre y recriminar la creación, porque se comprende la sorda provocación de la naturaleza. El desierto es nocivo á la conciencia, sobre todo á la conciencia, poco esclarecida.

Las ilusiones ópticas, los inexplicables espejismos, los azoramientos que producen la hora y el lugar, sumergen al hombre en esa especie de pavor semireligioso, semibestial, que engendra, en tiempos ordinarios, la superstición, y en épocas violentas, la brutalidad. Las alucinaciones son la antorcha que ilumina el camino del asesinato. El fanático está poseído del vértigo. La prodigiosa naturaleza tiene un doble sentido, que deslumbra á los grandes talentos y ciega á las almas débiles. Cuando el hombre es ignorante y cuando el desierto es á propósito para provocar visiones, la obscuridad del aislamiento se une á la obscuridad de la inteligencia, y producen en el hombre las oscuridades del abismo.

VICTOR HUGO

Patron don Palemon, como es tiempo de fusion creo que la repetición de esa antigualla composición vendrá muy al pelo en la situacion.

La Extremaunccion.

Montevideo, Agosto 6 de 184

Venga la paz y la union;
Y, por San Pascual Bailon,
Y la Pura Concepcion
santos de mi devocion,
que echo al infierno el laton
y me afirmo á un azadon
gritando de corazon:
¡viva, viva la fusion,
viva la constitucion,
y viva la intervencion,
y viva la *Devastacion!*
que es ¡la *ultima!* ché Ramon:
pues solo á su aparicion
y piadosa intercesion
vamos á deber el don
de la tranquilizacion...
Aunque, aido con aprension
que antes de la conclusion,
de balde estoy *arisco*,
despues de tanto arrojón,
que algun *chumbo ó perdigon*
me estire en un albardon,
y patifieso y panzon
de ahí me tiren á un zanjon,
como han tirado á un monton
de criollos, que siempre son
los *paros* de la funcion,
y espichen como un *raton*
sin pater-noster ni Kirleeyson.
Tu primo—*José Hilarion.*

Querido primo Ramon:
no te cause admiracion
el tremendo noticion
que te doy de sopetón;
y aunque su confirmacion
todavía está en embrión,
no es cuento, ni es ilusión
que, como una exhalacion
ha venido de London
un vapor como el Gorgon
llamado *Devastacion*:
«dicen» que con la mision
de concluir esta cuestion
mediante una transacion;
y que es hijo y de cañon
que se acaba de un tirón
la guerra y la desmision
de hombres de toda opinion
celestes, blancos ó panzon.
Ya, primo del corazon,
siento tal satisfacion,
que nunca tuve alegrion
como éste, y por precision
creo que de esta ocasion
concluirá la destruccion,
la miseria y la afliccion
de toda la poblacion;
y tambien la aspiracion
de cualquier bando ó facion;
si hacemos la reflexion,

que nuestra infeliz Nacion
al concluir el pericon
se halla sin ponderacion
más *pelada* que un *pelon*,
sin un solo patacon,
por la sencilla razon
que en esta revolucion
le han dado sin compasion
¡tantísimo manotón!...
los que tienen aficion
al suelo y al *borbotón*,
y hoy echan tragos de *ron*
á costa de una porcion
de hombres de mi condicion
que soy paisano lerdón;
y que en esta confusion,
de pelearnos con teson
he tenido un apretón,
y he vendido hasta el facon
por yerba, pan ó jabón;
y que al fin en un rincón,
con el suelo por colchón
estoy sin medio y facon,
rotoso, sueto y barbon,
contemplando un familion
macilento y delgadon,
y lamentando triston
¡tanta vaca y mancarron
que me han hecho humo al botón!
Pero... pase el nubarrón.

“PEQUEÑA OPERA LÍRICA”

CRISTO ANARQUISTA

Qué pide el visionario?
Por qué brilla en sus ojos blanca luz de dolor?
Tiene pan, tiene circo; junto al beso materno
tiene el beso de amor.
Yo mal sé lo que pide,
Quiere algo bueno, quiere para todos el sol;
quiere que fraternicen el Jamón de Westfalia
y la hoja de col.

Y abandona á su madre,
y abandona á su novia, y abandona su hogar;
se consagra á la Idea; solo tiene la vida;
se la corre á entregar.
El circo sube al cólgota!
Truena la dinamita, la simiente de amor;
y al cundir el asombro, tiene el santo un divino
gesto de sembrador.

GUILLELMO II

(*Rea-Imperator*)

Es un monarca fabuloso
este Nerón de pacatilla;
el ojo verde, crinioso,
alumbraba la faz amarilla.

Es como un lobo en un aprisco
en sus Estados; más el Tedío,
ha dado al lobo un buen modo de ser;
y para el lobo no hay remedio.

Clíñe á su frente duplo emblema
el sanguinario Emperador:
con la anaerónica diadema
ay! la corona del dolor.

Si del arpa clavecino
oye la música amorosa;
sí beva un aire libertino
el seno blanco de una rosa;

O si desnudas bayaderas
tejen sutil danza de amor,
al ondular de las caderas
más delicadas que una flor;

Este Monarca, medio artista,
este Nerón, presa del Mal,
clava en dolor la turbia vista
sobre el acero de un puñal.

Y á ocultas hora el rey severo;
y el llanto, en perlas dolorosas,
constela el puño del acero
como de mil piedras preciosas.

EL FERROCARRIL

Ay, mi pobre vecina,
cuál te clava su espina
el dolor! Cuál te mina!
Toses, blanca viejera;
y tu cara de cera
es gentil calavera.

¿Dónde vas á curarte?
¿Quien tu pena comparte?
Interesas al arte,
por el duelo que arrojas
de tus ojos de hojas
en que anidan congojas;
por tus besos no dados,
tus años soñados,
y tus días rotados;
por tus raras facciones,
adorables creaciones
de un pintor de visiones.

D I O S

Dieu est pire que les dieux.—Tailhadé.

Por qué, por qué no bajas
al fondo de mi alma descreída,
como el rayo de sol baja á la mustia
y pobre rosa del rosal caida?

Por qué, Señor, no buscas
mi apearrado espíritu de ateo,
como buscaba las hureñas hlnfa?
de la Aretusa, enamorado Alfeo?

Señor, en tí penetran
de la razón delcida los puñales,
como penetra en el azul la aguja
de los góticos templos medioevales.

Y Señor, á las plantas
gimes de la Razon, como Luzbel,
bajo la espada mistica
del arcángel Miguel.

LA TRISTEZA DEL MÁRMOL

Junto al Laoconte que en mármol
retorciéndose, agoniza,
está Venus, una Venus
triste como la Elegia,
de senos en flor y frente
culminante y pensativa.

Dice la diosa:

—Poetas,
músicos, maguos artistas,
enfermos de mal de amores,
sueñan con beber la dicha
en mis labios, en mis senos,
en mis turbidas pupilas.

Formada fué con las dulces
visiones de los artistas
la corona que mis sienas
circunda, cuasi indistinta,
sombra de luz que aureola
en mi frente pensativa.

Y desnuella entre las diosas
de opulenta galeria
como rosa entreabierta
en campo de margaritas.

Más, si ardiendo en hermosura,
triste la diosa suspira:
—¡Oh, qué misera existencia!
Esta del mármol no es vida;
en virginidad eterna
¡ay, gloriosas carnes mías!
nunca padecéis de gozo,
bajo quemantes caricias;

Nunca en torno de mis senos
de hermosa magnolina
aleteó la mariposa
de un ósculo.

Y la magnifica
frente de Venus se cultre
de amarga melancolia.

R. BLANCO FOMBONA.

UN HÉROE

La gloire... qu'est ce que c'est que ça?

La sala de espera de la estación estaba desierta. De rato en rato entraban gentes apresuradas con bulios y valijas en mano, consultaban el reloj y volvían a salir. Afuera el sol glorioso de las doce del día pintaba con azul intenso un cielo limpio sin una sola mancha.

Sentados en un banco, nosotros consumíamos el tiempo, entre la hora del tren que habíamos perdido y la del que íbamos a tomar.

Un soldado encanecido, casi achacoso, entró caminando a paso lento y se sentó junto a nosotros.

—Buenas tardes!

—Buenas tardes!

Era bajo, macizo de cuerpo. A través de su decrepitud se notaba todavía vestigios de arrogancia militar. Llevaba la cabeza alzada y erguidos bigotes blancos. Los ojos, de un celeste limpiado, brillaban en su rostro con expresión bondadosa é ingenua.

Nos pusimos á hablarle. Costaba poco reconocer en él á un veterano, por las medallas que ostentaba y por la insignia del cuerpo de fer invalidos que se veía en su kепis. Aquellos simbolos rubrican una página viviente de glorias patrias, y podria buscarse en ella toda una serie de recuerdos heroicos.

Le hicimos algunas preguntas, sin obtener respuesta. El anciano mirábanos con su expresión de niño satisfecho y sonreía. Después de quedarse un momento así indeciso, nos dijo que no entendía bien el castellano. Tuvimos que hablarle en su idioma.

—¿Muchos años en el país?

—¡Oh, sí! Del 57 acá; más de treinta años. Entonces era joven, pero ahora es otra cosa: ya estoy viejo. ¡Eh! el tiempo pasa.

Hablaba con voz gangosa y entrecortada, buscando las palabras.

—¿Estuvo en el Paraguay?

—¿En el Paraguay?... Sí. Hace tiempo del Paraguay. Una guerra larga, larga de muchos años. Combates, batallas, marchas de aquí para allá; todos los días marchas...

—¿Hizo la campaña completa?

—¿Eh?

—¿Toda la campaña?

—Algunos días no, y otros sí; pero siempre en movimiento. Hacía calor allá, después mosquitos, bichos y víboras... Vívoras... así de grande víviamos en carpas todos los soldados; los jefes también. Todos en carpas. Había días que el sol era como un brasero. Se dormía siesta, de día. Cuando hacía fresco era una fiesta todo el campamento...

Nos sorprendió de improvisó una risa de timbre atiplado, modulada con una variedad inesperada de tonos. Parecía una nota cómica de ventriloquía, y su efecto era tan seguro que imponía el contagio. Había que reír forzosamente cuando reía el veterano.

—¿Y por qué fué usted á la guerra, siendo extranjero?

—¡Eh! no había trabajo, no había nada! Todos se iban para allá, y la ciudad quedaba sola. Yo era albañil... ocho años albañil. Ya había aprendido en mi país, yo. Pero después vine aquí y estuve trabajando hasta que se hizo la guerra. No había trabajo, y me despidió el patrón. Claro: si no había trabajo... Estuve más de un mes sin ocupación. Y no tenía que comer; era cosa de morir de hambre. Entonces me enganché. Había oficinas para los que querían ir. Pagaban bien, daban comida... Me enganché en el cuerpo y me mandaron al ejército.

—A defender la patria!

—No: á pelear con los paraguayos. Había guerra, pues. Al principio hacíamos ejercicio, pero después nos mandaron allá. Tuvimos que caminar mucho, primero en vapor, después á pie. Todos los días á pie. Es lejos los paraguayos...

Siempre con su voz gangosa y mirando al vacío, parecía reconcentrarse para precisar sus recuerdos.

—Teníamos el uniforme roto de tanto usarlo. Un día, con el clavo de un cajón me rompí toda la blusa, aquí. Un tajo grande. Cuando me lo vió, el sargento me puso preso. Era malo el sargento... Después lo mataron... En Curupaity...

—¿Curupaity?

—Sí; fué una batalla grande, con muchos muertos. Era como una montaña, y teníamos que entrar nosotros.

—¿Entonces usted es de los bravos de Curupaity?

El anciano nos miró con su cara risueña.

—Sí, yo estaba... Mi batallón entró en fuego desde temprano. ¡Hubo más muertos!...

—¿Se acuerda usted bien?

—¡Sí! Muy buena comida dieron ese día. Muy buena. Cordero asado y empanadas. Dos empanadas. ¡Ah! y vino también. A todos vino: Muy buena comida...

Y sonreía, acariciado por el recuerdo.

—¿Pero la batalla?

—¡Ah! muchos muertos. Por la mañana nos dijeron que íbamos al fuego. D spués fuimos. Por todos lados

había balas. Balas de cañones, balas de fusiles, bayonetas en la punta de los fusiles... Mataron al sargento, los paraguayos. Fué un balazo en la cabeza. ¡Un agujero chiquito como la punta del dedo! A otro soldado le abrió la barriga una bala de cañón... Después nos sacaron del fuego y á la tarde entramos otra vez. Más de la mitad del batallón quedó allí. No era juguete...

—Pero los soldados se portaron como héroes...

—¿Eh?

—Que se portaron bien.

—No se podía hacer otra cosa. Porque allí van los oficiales, y al que se dá vuelta... No, no! Mejor es ir al fuego!... Si uno sale herido lo llevan al hospital... Había baldes de sangre, hombres sin brazos, sin piernas... Había uno sin nariz... se murió al fin. Es triste eso.

—¿Y después de Curupaity?

—¿Después? Siempre con las marchas, y algunos días al fuego... Lo mismo que antes.

El tren se aproximaba. Tendimos la mano al viejo soldado, despediéndonos.

El nos miró con su sonrisa infantil, presentando el kепis:

—¿Y para la copa no hay nada?...

JOSÉ LEIS MURATURE.

LECTURAS

... Seguramente, muchos objetarán, y acaso con razón, que en política menos debe importarse la forma que la esencia, y que, según muestra la historia, puede vivirse menos libremente bajo una forma republicana que bajo otra cualquiera. Pero el mal uso de una cosa, no puede en modo alguno justificar los males que este abuso lleva consigo; y cuando una monarquía deja tranquila la libertad, esto es producto del acaso ó de la benevolencia, mientras que si en una república sufre la libertad algún daño, la culpa será de la mayoría de los ciudadanos, la cual está á su vez obligada á reparar su falta. Pero, dejando aparte todas estas razones utilitarias, el amor propio de todo hombre que la nacido libre ó que piensa libremente, debiera alzarse con indignación contra toda idea de subordinación personal en política, y reivindicar el derecho de completa independencia, como también el beneficio de la igualdad de derechos para todos.

BÜCHNER.

TIPOS MODERNOS...



Como mueren...

LA ESCULTURA EN LA ARGENTINA

La escultura es una de las artes que menos desarrollo han tenido hasta ahora entre nosotros. La mayor parte de las esculturas que se ven en nuestras plazas, paseos y cementerios son obras de artistas extranjeros. La estatua ecuestre del general San Martín fue inaugurada el 13 de Julio de 1862 en la plaza del mismo nombre (Retiro). El 24 de Septiembre de 1873 se inauguró en la plaza de Mayo la estatua ecuestre del general Belgrano. Esta es obra del escultor Larière Beluze y ha costado 60.000 francos, más ó menos. El benemérito patriota, con una bandera en una mano, monta un petizo, como si se tratara de un muchacho que está jugando á mariscal. En la plaza Libertad se inauguró el 1.º de Enero de 1882 la estatua del doctor Adolfo Alsina. El monumento representa al doctor Alsina de pie; por la manera como éste tiene la mano izquierda y el brazo extendido, parece que está jugando á la *morra*. En Diciembre de 1887 se inauguró en la plaza general Lavalle la estatua de este valiente. Está de pie en la cima de una columna, cuya base de granito ostenta los escudos de las catorce provincias. El 16 de Marzo de 1878 se inauguró en el Paseo de Julio la estatua de José Mazzini, costeada por la colonia italiana de la argentina. Es ésta, indudablemente, la mejor obra estatuaria que existe en el país; es, si no me equivoco, obra del famoso escultor italiano Monteverde. Cuando se quiso erigir esta estatua, se opuso á ello la municipalidad alegando que nada le debía á Mazzini ni Buenos Aires ni la República Argentina. El 16 de Marzo de 1897 se inauguró el monumento de Falucho en la plazoleta de las calles Florida y Charcas. El monumento del intendente don Torcuato de Alvear se encuentra en el Paseo de la Recoleta, frente á la avenida de su nombre, y fué inaugurado en Enero de 1899.

La estatua de Sarmiento se inauguró el 25 de Mayo de 1900, en el Parque 3 de Febrero. Es obra del escultor francés Rodin y ha costado 37.000 pesos oro (ó sean 135.000 francos). La estatua es una fantasía escultural sobre motivos de Sarmiento, y el parecido entre el original y la copia es muy escaso. En Octubre del mismo año se erigió en el Parque 3 de Febrero un monumento en mármol de Carrara, obra del escultor alemán Aigner, á la memoria de Burmeister. Este está sentado; en la mano derecha una calavera, y en la izquierda un libro; la mirada interrogativa á lo Hamlet, se dirige á la calavera,—que por lo chica parece de mono— como si estuviese preguntándose si tendrá ó no tendrá razón su colega Darwin, que nos quiere hacer descender de los cuadrumanos. El retrato marmóreo de la fisonomía del ilustre zoólogo está que habla. La actitud del cuerpo es natural y todas las proporciones de la escultura acusan la

verdad. La estatua reposa sobre un pedestal sencillo como corresponde á la modesta vida de un sabio. La obra de Aigner hace honor al arte alemán, y es, indudablemente, muy superior al estafalario engendro simbolístico de Rodin, cuyo Sarmiento se halla á pocos pasos del Burmeister que acabo de mencionar.

El 16 de Marzo de 1902, se inauguró en Palermo el monumento elevado á la memoria del doctor Eduardo Costa. Las estatuas de los doctores Antonio Malaver y Jose María Moreno se encuentran al frente de la Facultad de Ciencias Sociales; la del doctor Ignacio Pirovano en el Hospital de Clínicas y la de Belgrano en la parroquia de su nombre. La provincia de Buenos Aires erigió una estatua al doctor Mariano Moreno en el pueblo de su nombre, y al almirante Brown en Adrogué.

En el centenario de Rivadavia, el 20 de Mayo de 1880, se colocó la piedra fundamental del monumento que deseaba erigirse en su honor, en la plaza de la Victoria (plaza de Mayo), pero hasta la fecha (mediados de 1903) no se han reunido aún los fondos suficientes para realizar aquella buena intención. También se ha pensado elevar estatuas á Colón, Garay y Garibaldi. Este último se encuentra en el caso de Mazzini; será muy caro á los italianos, pero á los argentinos no les ha prestado servicios de ningún género, que yo sepa.

A las esculturas que acabo de mencionar tengo que agregar una preciosa fuente de mármol que se inauguró en Mayo de 1903 en el Paseo de Julio, prolongación de la calle Bartolomé Mitre. La obra es una sugestiva muestra del talento de la escultora argentina Lola Mora. La idea de la fuente es poética, las figuras blasonan el arte de su creadora, y el conjunto impresiona agradablemente al espectador, pero éste no puede dejar de apercibirse de que en la idea hay un error de física, mejor dicho dos. La ninfa que está sentada en el borde de la concha y que se mira en el espejo del agua, tiene necesariamente que tumbar á aquella y que volcar el agua; por otra parte, las náyades que sostienen la concha tienen su ubicación invertida, porque la que acusa en su apostura un gran esfuerzo para conservarse en equilibrio, debería estar donde la ninfa sentada en la concha carga con todo su peso sobre la náyade que está debajo. A los dos errores de física habría que agregar, en rigor, un tercero de mitología, porque las náyades son representadas en forma de nereidas ó sea ninfas del mar, que nada tienen que ver con las fuentes de agua dulce. A la verdad poco importa que una obra de arte simbólica concuerde ó no con los dictados de la razón y la lógica, basta que sea hermosa.

FRANCISCO LATZINA.

LECTURAS

Con que los hombres comendados únicamente que no pueden sacrificar para satisfacer los goces de la vida la de sus semejantes, sabrán entonces aplicar todos los progresos de la industria á salvaguardar, en vez de comprometerlas, tantas existencias preciosas, y á conservar el poder adquirido sobre la naturaleza hasta donde es compatible con la emancipación de sus hermanos.

TOLSTOY.

NUBES

EL cielo, de un azul oscuro, impenetrable, es cubierto de pronto por un tropel de nubes blancas, blanquísimas, triunfalmente alba, como la misma aurora. Es una procesión en desórden, un desfile fantasmagórico, que contemplo desde mi ventana siempre abierta á la noche, esa espléndida amiga poseedora de prodigiosos filtros de ensueño que sabe brindar, magnificente, en su vaso de sombra, á los que realizan tarea de cerebro.

Las nubes blancas, blanquísimas, triunfalmente albas, como la misma aurora, pasan cerca, muy cerca de mi ventana, siempre abierta á la noche. Vapores de la tierra que el viento arrastra, ténues sombras de sombras, allá van en vértigo, confundándose, arremolinándose, en torbellino.

El escritor, que medita ante su mesa, se interrumpe para exclamar, apoyando la frente en ambas manos: ¡Quien sabe, ¡oh sombras blancas! si hecho luz y sofocado, no vá en vuestro seno el gemido del mundo! ¡Tanta sangre y tantas lágrimas se han vertido sobre la tierra!...

Y hé aquí que una linea negra se ha marcado en la albura. Semejante á una Ténia monstruosa, llena de anillos deformes, culebrea y se pierde. Después reaparece doble, con menor cantidad de anillos, pero formidablemente au-

mentada. Se hincha, como hidrópica, hasta que, enorme, estalla, reventada por el centro.

Vése entonces un fenómeno curioso. Los vellos blancos, manchados á trechos, parecen ahora de lana sucia. Hay lunares por todas partes, puntos negros que afrontan el nacar purísimo, aquel cielo de ajeno blanco. En seguida los lunares se juntan, se aproximan, hasta confundirse, los puntos negros y la Ténia gigantesca reaparece nuevamente, no ya simple ni doble sino centuplicada. El cielo hace el efecto de un mar fosforescente en que la cresta de la ola se divisa blanca desde la orilla, mientras el costado permanece sombrío. Al cabo de un rato en aquel mar de nubes la Ténia impera. Rápidamente van desapareciendo los fulgores blancos. Créese por un momento ver el cielo cubierto totalmente de líneas negras, curvas y quebradas, ondulantes y paralelas. Esfúmanse los contornos, bórranse por completo las últimas estrias de luz y hay un minuto en que los ojos se esfuerzan por ver todavía algo de aquel desfile fantasmagórico, de aquella procesión de nubes blancas que encantó á la imaginación. ¡Inútil empeño! El cielo es una cripta mortuoria donde yacen el silencio y la sombra.

Sin embargo, dentro de breves momentos amanecerá...

ALBERTO GHIRALDO.

CORONAS

MAX, si preguntan por mí ó vienen á buscarme, diga que no estoy en casa. Traigame café á las cuatro pero no entre, déjelo en la ante sala que yo iré á buscarlo. Quiero estar solo.

El loquero contestó con un «si señor conde» entre irónico y compasivo; salió, cerró la puerta, echó la llave, y el rumor de sus pasos perdióse á poco en los dilatados corredores del pabellón de incurables.

«Querida hija mía.—El hombre es una llama, la muerte la apaga; luego la muerte es viento, aire, nada. ¿Que puede inquietarnos un soplo de la brisa, un movimiento de la atmosfera? ¿Que puede inquietarnos la muerte?...

No te hablaría de este insignificantemente accidente si mi médico de cabecera no hubiera hecho hoy un gesto al ascender á las mañanas. La interpretación de las contracciones augures; la interpretación de los gestos de la faz humana está reservada á nosotros los psicólogos cuando se trata de un individuo y á nosotros los sociólogos cuando se trata de una multitud. ¿Y como no podría interpretar una muñeca científica el que ha estudiado la muñeca puramente instintiva y animal de una clase, de una raza, de un mundo inmenso coexistiendo y germinando dentro de un mundo pequeño y volcánico? María me muero.

Te lego toda mi fortuna; mis arcas rebosantes de oro, mis fondos, mis ganados, mis blasones, mi nombre que dejó á ti y á la historia y por último mis ideales que empiezan á realizarse en el momento que yo muero bajo el peso de mi gloria, por que una sola vida es incapaz de resistirla.

Todo eso que anoto primero es hijo de lo único que anoto último. Es el premio á mi labor, es el galardón de mi victoria. Patriarca, padre común, padre único: nosotros te invocamos; Mesías, nosotros regaremos con la virgen sangre de nuestros hijos el alabastro de tus altares y el oro de tus exortos.

Yo he luchado por esa clase, por esa raza, por ese mundo: él se me consagra.—Estas paredes cubiertas de tapices, estos cómodos divanes para mi sueño y estos regalados sustentadores de mis apetitos á él se los debo; todo cuanto me circuye es obra suya, los médicos que cuidan mi salud, áridos de hacer incomensurable mi existencia, los sabios que conmigo disertan en los jardines de este palacio para repetir á las plebes mis enseñanzas y traerme el eco de sus regocijos, los guardias y soldados obreros de lueros, galones que para mi custodia y homenaje creérame, todo, todo, hasta ese sencillote de Max, mi ayuda de cámara preferido que sonríe á mis menores gestos y responde á mis palabras con un gruñido de agradecimiento, como una bestezuela acariciada,—son la manifestación de la gratitud universal, que por las inmutables fuerzas de la naturaleza me devuelve en calor lo que le he dado en luz.

Para la raza de los eternos Sisifos he nacido, para ella subí á la tribuna pública, para ella me lancé á la prensa, para ella prediqué en el Parlamento, profeticé en la cátedra, vibré en la barricada y rugí en el campo de batalla: todo para ella! Pues bien María, ¡Eureka! ¡Loor! ¡Salve!... He Llegado!!

A través de los desnudos barrotes del ventanillo redondo de la celda, penetró sutil, como envuelto en las primeras sombras del crepúsculo, una ráfaga de aire helado,—lamió las paredes, se precipitó de las vigas del techo á las baldosas del piso, agitó las miserables mantas de la revuelta cama, jugueteó con las carillas borroncadas y dispersas en la mesa de pino y fué á resallar su bofetada trágica en la mejilla del loco. Y tras ella y como ella se precipitaron otras y otras, que le persiguieron, que le burlaron, que le hallaron por fin, al mediar la noche, acurrucado en un rincón de la celda como un andrajo, como un andrajo helado que murmuraba con monótona cantilena de niño enfermo, su tímida queja de Max... Max... tengo frío, tengo mucho frío...!

Agosto 15/1904.

PABLO R. DELLA COSTA (HIJO).

WIERTZ.

EL ORGULLO



El edificio de la Penitenciaría dibujaba vagamente por entre la ríeja bruna, su rosada silueta de serena y sencilla arquitectura. Como manchones de tinta negra, los alquitranados barrotes de hierro de las celdas, se dibujaban en las paredes del pabellón central, en tres franjas anchas, numeradas á trechos cortos. Negra también era la techumbre de tejas que se ocultaba, al elevarse, en el encaje de hilo de esocela que envolvía el sol.

Ya estaba cerca. Por todas las bocas-calles inmediatas á la cárcel, desembocaba la gente, apresuradamente, fumando y rozándose al pasar. En la calle Miguele, frente al animado edificio, grupos de hombres y mujeres hablaban, gestuaban y se movían de un lado para otro. Era el pueblo inconciente, la eterna comparsa de todos los acontecimientos, los curiosos que se meten en todas partes, en todos los lugares, en todos los sitios donde la vida de la ciudad monótona hastiada en el movimiento de tareas cotidianas, se rompió en explosiones de alegrías desbordantes ó de tristezas infinitas. Y grupos y más grupos, silenciosos y preocupados unos, alegres y charlatanes otros, iban llegando de los cuatro puntos de la ciudad fúnebre. Y se apenuscaban, se estrujaban, se confundían, arremolinándose en la calle y en las veredas, buscando posiciones para oír, tan solo para oír la fatal detonación que les dijera á sus almas que la justicia había satisfecho ya su venganza criminal, cebándose en dos víctimas de un medio ambiente envenenado y odioso.

Las celosías de las ventanas se abrían, y los balcones se llenaban de mujeres que lajeñas, que despertaban recién, abriendo la boca en un bostezo prolongado de sueño interrumpido. Muchas habían pasado la noche fuera de sus casas, en las de los alrededores de la cárcel, en lo de sus relaciones, para ver también ellas, para oír, para luego en los cuchicheos y chismes diarios, estirar la lengua y hablar y mentir entre sus amigos. Dos despachos de bebidas habían abierto más temprano que nunca sus puertas, y en un instante se llenaron de gente que se emborrachaba, que se envenena al amparo de la ley, que cobra impuestos á los alcoholeros y proteje á los traficantes, á todos esos seres que obligados por el ambiente lucran con la vida y las miserias de todos los demás.

Un individuo—que debía ser un trabajador á juzgar por el traje que llevaba puesto—de pequeña estatura, rubio, de ojos azules é inquietos dentro de sus órbitas húmidas, de ceño fruncido por el disgusto, muy jóven aún, caminaba por la calle, entre aquel enorme pululamiento de gente, gritando, gritando, mientras sus brazos vigorosos de forjador de objetos útiles, se movían nerviosamente en señal de protesta.

—Es un crimen, es un crimen. Protestemos ante tamaño acto de barbarie.... Es inicuo.... es salvaje....—y los hombres reían y se burlaban de aquel ser ingenuo que protestaba contra la pena de muerte.

Una voz bronca, de alcoholista empedernido que salió de aquella multitud compacta, movieda, que tenía del tráfico de las vueltas todos sus furiosos latidos, resonó vagamente, temerosa entre el ruido de tacos de cien botines distintos y el eco amortiguado de mil conversaciones confusas y de-compasadas.

—¡Es loco, es loco!

Otra voz repitió casi enseguida:

—¡Pobre hombre!

Otras siguieron:

—¡Está borracho!

Y luego, como si aquellas palabras sueltas, dichas porque sí, hubieran sido una consigna de malevos, otros gritos retumbantes partieron como flechas de muerte de aquella línea de cabezas en movimiento.

—¡Papatá! ¡Bobo! ¡Imbecil! ¡Cretino!

Y la animosidad hacia el infeliz, obtuvo que dejaba oír sinceramente su grito de protesta, pasaba y conmovía á toda aquella gente; y una piedra fué arrojada sobre su cabeza. Luego cayeron á su alrededor otras y otras, mientras él continuaba impasible de un lado para otro, desafiando con su penetrante mirada de acero, los insultos y las risas de que era objeto. Y gritaba fuerte para que todos lo oyeran:

—Es inicuo, es salvaje.... Protestemos, derribemos la justicia, ¡Abajo la pena muerte!

Su voz se perdía en las filas de los espectadores que iban allí á gozarse, llevados por los instintos de sangre que, bajo la capa de bondad externa, ocultamos todos para las ocasiones propias, para los momentos solemnes en que el sentimiento de la multitud desbordada, cobra la fuerza avasalladora de la ola que destruye, que envuelve y que arrasa.

Me fué doloroso aquel espectáculo de la gente que se divertía á costa de un obrero, cuyo delito era el protestar viva y audazmente contra una pena odiosa y que, resabido insano de edades de barbarie, mantenida incólume en nuestras democracias modernas, porque es la encarnación de su vida abortada en el camino que triunfalmente recorren los oprimidos, hacia la libertad futura, resplandeciente de verdad, de justicia y de igualdad.

Es la recompensa que se tributa á todo lo noble en estos

tiempos de vaciedades intelectivas. La burla; he ahí el su presuro recurso de la sabiduría moderna, que se aferra á él como al último madero de su existencia agónica.

Penetré en la cárcel después de haber entregado mi invitación al portero en el portón de hierro que dá sobre la calle Miguelete. El piquete encargado de la ejecución, formaba al frente del palacio central, en actitud de descanso. El centinela se paseaba en la calle automáticamente, cerca de la garita del portón de entrada, recorriendo siempre al mismo trecho, con el mismo paso, con la misma severa actitud de disciplinado.

Un grupo numeroso de personas desaparecieron por la boca de un corredor sombrío, guardado por soldados firmes, y fué detrás de ellas, seguro de encontrar el lugar de la ejecución. Y llegué á él. Era un amplio polígono irregular, completamente plano, sembrado de pedregullo húmedo por la niebla del día. Altos muros quitaban toda perspectiva exterior, mostrando únicamente el cielo, como un barómetro de alegrías ó de tristezas. Los ruidos de la calle caían amortiguados, como si todos los vehículos cubrieran sus ruedas con yantas de goma al pasar por la cárcel.

Los banquillos contruidos con madera de pino, blancos y cepillados, amenazantes en medio de su sencillez de tablas lisas, sin molduras, se levantaban en un ángulo del polígono, como un escupitajo al derecho de vida. Detrás de los banquillos pintado en la pared con grandes letras negras, medio borradas por las inclinaciones del tiempo, se veía escrito como una sentencia estúpida: *El consiste en la fuerza para resistir y para sufrir*. Sobre el muro, circundado por una verja de hierro, el centinela se paseaba tranquilamente, con el arma al hombro.

Grupos de hombres aquí y acullá, hablaban con el mayor silencio, con afectada gravedad, de pampinas, comentando los últimos detalles que sobre los reos habían publicado los diarios del día anterior. La bruma espesa de la mañana se había rasgado en algunos puntos, dejando ver claros de un sol lechoso, frío y pálido como una luna llena.

Los periodistas y fotógrafos reían y fumaban, revolviendo en sus magines, los unos, la crónica sangrienta del hecho; los otros, buscaban con la vista un punto conveniente de mucha luz, para que la placa grabara fielmente todos los pormenores del fusilamiento. La boca, negra, profunda y sombría del corredor por donde debían aparecer los reos, parecía un antro de tinieblas, una enorme cueva aspirante, un tragadero incesante de carne humana, carne de desgraciados, de infelices víctimas.

La impaciencia agitaba de vez en cuando á los grupos que se ponían en movimiento hacia las grandes piletas de portland pegadas á los muros, ó en dirección de los banquillos que se zamarraban, probando su resistencia.

En mi cabeza, transformada en una bóveda resonante, mil ruidos distintos y lejanos atronaban. Una infernal barahúnda, un clamoroso incesante de multitud desbordada, una confusión de estruendos intraducibles la volcaban, y sentía vértigos de muchacha, para que la placa grabara fielmente aquella aparatoso farsa justiciera. Quería retirarme, pero una fuerza misteriosa que tenía la atracción de lo horrible; la curiosidad latente despertada, me mantenían allí, entre aquella gente que esperaba con impavidez de hiena el espectáculo, sin sentir en sus pechos el vuelco violento del corazón en un desbordamiento de sentimientos humanitarios.

Los primeros soldados asomaron sus uniformes por la boca del corredor, y detrás vinieron otros y otros. Era la tropa encargada del cuadro para proteger al pelotón de tiradores. Formó á un costado, cerca del muro que dá al norte, en columna cerrada, asumiendo á la voz del capitán que las mandaba, la actitud de descanso.

Los reos pasaban, la gente iba, formando un polígono, formando grupos numerosos y compactos. Era número de doscientos se habían repartido las tarjetas y doscientas personas fuera de la soldadesca, estaban allí, ansiosas, impacientes de curiosidad, moviéndose de un lado para otro, á la espera del fatal momento.

Murmuraban por la tardanza del acto y en el interior de muchas de las conciencias que allí esperaban, talvez latiera el temor de la pérdida, de aquel espectáculo de sangre.

Por fin los reos llegaron. Venían silenciosos, con la cabeza gacha, lentamente, arrastrando los pies con dificultad, haciendo serios esfuerzos para vencer el peso de los grillos de hierro estigma de su delito. Estaban vestidos con los flamantes trajes negros, que como una ironía maldita, la justicia regala á los condenados á muerte, para destruirlos después con el plomo victimario.

Ramos se había quitado la barba y en sus ojos expresivos é inteligente se reflejaba la resignación á la muerte. Santos, soberbio, alzaba la cerviz, desafiando con la vista el desprecio y la repugnancia que en los rostros de la concurrencia se pintaba. Iban enteros, según la jerga del populacho. No tenían á la muerte. Los curas—durante las veinticuatro horas de capilla—habían predicado tanto lá simisión y resignación á la muerte, que Ramos y Sus-

rez iban sin pestañar al banquillo cumpliendo así el supremo mandato de la ley.

Detrás y á los costados de los reos iban varios penados los jueces y los defensores. A los costados, un pelotón de soldados armados confundían sus trajes de paño azul, con las negras sotanas de dos curas que metían los crucifijos por los ojos de los reos y hablaban quedado en sus oídos. Nunca mejor simbolizada estuvo la muerte que en el grupo formado por los curas y soldados. Era el simbolo de la sociedad presente, que avanza resguardándose en la ignorancia de los hombres.

La gente habiase formado en dos columnas compactas y descubría sus cabezas al paso de la fúnebre comitiva, religiosamente, por atavismos, por el temor que todos tienen á la muerte que pasa triunfadora, tronchando las flores policromas de las esperanzas y de las ilusiones. Los que estaban en la primera fila se empuñaban sobre la punta de los pies y alzaban la cabeza para verlos pasar. Y los reos pasaban silenciosos por aquel corredor formado por dos murallas de hombres.

El piquete que estaba formado en columna á un costado, evolucionó y se cerró en cuadro detrás de los reos. Dos pelotones de cuatro soldados y un cabo, cada uno de destacaron, situacionándose á seis pasos de distancia de los banquillos. La gente toda se parapetó tras la doble fila de soldados cerrados en cuadro frente á los banquillos, aprovechando los espacios que dejaban sus cabezas, para mirar hacia los reos. Estos se habían sentado ya, apoyando las manos sobre sus rodillas. Dos penados, vestidos con el traje de brin amarillento de la cárcel, completamente afeitados y rasurados, con los números de su celda estampados en la casaca, ataron con fuerza una larga y delgada cuerda, sus piernas y sus brazos. Los sacerdotes estaban todavía allí, junto á los banquillos, agitando ante los ojos de los reos el crucifijo de plata simbolo de la religión.

Aún duraron unos segundos aquellos preparativos finales. Los reos, inmóviles, silenciosos, sentados en los banquillos, sin oponer resistencias á nada, dejaban que los demás procedieran. Sus ojos inmensamente abiertos, mantenían clavada sobre los soldados y la multitud, una mirada vaga, vidriosa, sin expresión, que desgarraba profundamente el alma. Parecía que aquellos dos seres, en la mudez grandiosa de sus ojos, mudez de muerte, imploraran de todos aquellos corazones que allí latían al impulso de mil sentimientos encontrados, una conmiseración lastimera. ¡Oh, qué fatales debían ser para los infelices reos esos instantes supremos, en que la muerte prematura arruñaba en sus cerebros la triste canción de los cipre-

ses! ¡Cómo sufrirían! ¡Cuántas ideas en confusión horrible batirían sus alas poderosas de exterminio en sus cabezas!... Recordará eternamente aquella mirada infinita, penetrante como el polvillo que el sol dora y conmueve en una vibración rápida y continua, en los mundos siderales.

Después los dos penados que oficiaban de verdugos, cubrieron los ojos de los reos con una venda blanca de hilo, y se retiraron riendo, satisfechos, serenos.

Los soldados avanzaron tres pasos, los cabos quedaron uno á retaguardia, y á una señal del oficial, los dos pelotones dispararon sus armas sobre el pecho de las víctimas. Se sucedieron como una chispa de luz de los asientos y luego Ramos inclinó su cuerpo, mientras Santos aún permanecía derecho, resistiéndose á la muerte que la Justicia le enviaba con el plomo de los remington.

Luego, antes que la nube de humo de los primeros disparos se hubiera esfumado en la frialdad nebulosa de la mañana, los dos cabos avanzaron y apoyando bárbaramente el caño de sus armas sobre las sienes de los reos, hicieron fuego, chamuscando sus cabellos y destruyendo la masa encefálica que salió por el agujero producido por la bala. Inmediatamente el médico tomando el pulso á las víctimas, certificó su muerte.

Mayor barbarie, salvajismo más sanginario, crimen más inaudito, no se podía cometer en nombre de la justicia.

Después la tropa se retiró y la multitud contenida por ella se precipitó sobre el cadáver de los reos, manoseándolos, comentando satisfecha, sin un dejo de repugnancia, la certera puntería de los soldados.

—Mira, aquí un agujero, aquí otro... y escrutaban con los ojos el respaldo de los banquillos agujereados.

El rostro de los reos había adquirido el sombrío tinte de la muerte. Sus bocas contraídas por una mueca asquerosa, semejaban un desgarrón hecho en carnes podridas y mostraban los dientes sucios, negros. Los párpacos se habían hundido en las órbitas aureolados por un círculo violáceo. Sus cuerpos adquirieron la flojedad de las carnes muertas, sin los puntales de la vida.

Todo había concluido y la justicia, suprema moralizadora, evitaba todos los crímenes con ese escaermiento, y los hombres serían todos buenos y no morirían nunca más, asesinados por los hombres...

PERFECTO B. LOPEZ.

CHARLA

BUENOS AIRES era antiguamente una ciudad colonial, construida por los conquistadores y confinada luego por el mismo plan, con elementos escasos y primitivos, capitales pequeños, constructores ignorantes, alarifes semi-bárbaros. No eran de extrañar pues, sus enormes muros de barro, sus bajos techos de teja, sus puertas esquinales, sus vergonzantes ventanas cubiertas por ingente rejilla de hierro. No era de extrañar tampoco su falta de comodidades, para gente que las pedía tan pocas en la vida, y que ni por hábito, ni por temperamento, ni por atavismo, ni siquiera por espíritu de imitación ó purrito de envidia, aspiraba más que á la cama para dormir, la mesa para comer y la silla para sentarse en el patio en verano, al amor del brasero en los días crudos.

Ahora ha cambiado enteramente de aspecto. Otros tiempos y otras gentes han traído consigo otras costumbres y otras necesidades. Pero sin embargo, el cambio es más aparente que real, ó mejor dicho ha cambiado toda la forma pero poco del fondo de las cosas. Las casas tienen mucho mejor aspecto, hasta pretensiones arquitectónicas en su exterior. Las hay de todos los Luises habidos y por haber, las hay del Renacimiento, las hay Modern Style ó Art Nouveau! pero en el interior es un rabioso aprovechamiento del terreno, de todos los recovecos, de todos los rinconitos, de todos los huecos que han podido dejar las paredes. ¡Y qué aprovechamiento! Nada está al alcance de la mano, para todo hay que salir al frío, al viento, á la lluvia ó al rayo abrasador é implacable del sol. Cada vez que se lleva una fuente al comedor, los comensales se hieban, quedan torcidos como un tirabuzón, ó van baldados de la mesa á la cama. En la sala, cada nueva visita recibe al entrar un torrente de táticas maldiciones. En el dormitorio, al despertar, uno está tullido en invierno; asfixiado en verano.

Es que las casas están hechas de prisa y corriendo, sin otro plan que el de que estén pronto concluidas y comiencen á dar renta, mucha renta, toda la renta de que sean capaces, dada su situación y su costo: el diez, el doce, el quince por ciento al año! Ya nadie se ocupa de edificar obra estable y duradera. No soy de los que piensan erigir casas á prueba de siglos, que se perpetúen en el

tiempo y perpetúen con ellas el nombre de quien las levantó; y menos aún desde que con el Campanile de San Marcos comienzan á derrunbarse monumentos que tenían la costumbre de considerar eternos. Pero en cambio me irrita casi hasta las lágrimas ver la prisa y superficialidad de mi época en mi tierra, donde no hay quizás un centenar de hombres superiores capaces de empuñarse un poco por sobre las nieblas del presente, para vislumbrar siquiera las luces del porvenir.

La preocupacion de la apariencia, y nada más: tengan las casas buen frontispicio, y el resto poco importa. La comodidad interior poco significa para el que ha de vivir afuera, en pleno aparato. La solidez de la fábrica, sus cualidades positivas, son cosa de nada para quien cada diez años ha de recibir de renta, el valor mismo de la construcción y del terreno. A los diez años por malo que sea, el edificio ha de durar todavía; si no está muy seguro se le apuntala y refuerza; si se halla demastado destruido, poco cuesta reedificarlo, pues el reembolso llegará en seguida.

Así tenemos una ciudad á primera vista soberbia pero que, examinada con algún detenimiento resulta luego una aparatosa serie de barracons de quita y pon, un campamento con tiendas de material simulando palacios, y hoteles y casas estables.

Y así somos en todo, y así, á cada rato, tenemos que estar reedificando las leyes, y el ejército y los planes de enseñanza; y así continuaremos hasta que Dios nos dé juicio,—cosa que ya larga según parece.

El porvenir no nos preocupa todavía más allá de las estrictas veinticuatro horas; y si preocupa es solo para atesorar dinero. Más aún en este caso, no se sabría determinar bien si se atesora en prevision del futuro ó obedeciendo á una tendencia mezquina del temperamento. Habría que investigarlo en cada caso. Pero no hay duda de que tenemos en la sangre mucha herencia morbida de los antepasados, españoles ó extranjeros, venidos á América, para lo que se venia, para lo que se viene á América. De los españoles tenemos el desdén por las comodidades, parte sin que nos de la civilización, el amor á hacer botijos de onzas, y el clericalismo más ó menos disimulado, pero avasallador. ROBERTO J. PAYRÓ.

JORGE SAND Y ALFREDO DE MUSSET

SUS AMORES—CORRESPONDENCIA ÍNTIMA.

Al mismo tiempo que Mr. Paul Meurice indicaba su confianza en que las cartas de Jorge Sand y de Musset viesan por fin la luz pública, esta famosa correspondencia llegaba de Bruselas. Acaba, efectivamente de publicarla un abogado francés, conocido por su reputación y su talento, Mr. Félix Decori, amigo de la familia Sand.

Podemos, pues, leer todas las cartas que poseía Jorge Sand y que remitió viviendo á uno de sus amigos Mr. Emilio Aucante. «Ya sabe usted, le decía ella, que esta correspondencia es la mejor refutación de las calumnias de que he sido objeto.» Y después de enumerarlas, añade: «He ahí por qué tengo tanto interés, en honor de la verdad que esta correspondencia que os envío se publique algún día.» Explica luego por qué no quiere se publique mientras viva. «Después de mi muerte será usted el único juez de la cuestión, de la manera y oportunidad de su publicación.» Enumera un cierto número de disposiciones y condiciones que deben respetarse. M. Aucante debía pasar sus facultades de editor á Luis Maillard, Noël Parfait, Alejandro Dumas, hijo, si juzgaba el momento favorable. A falta de ellos, Mr. Emilio Aucante escogió á Mr. Félix Decori.

Mr. Félix Decori ha pensado que la mejor manera de honrar la memoria de los dos escritores y de celebrar el centenario de Jorge Sand, era publicar esta correspondencia.

Y ha pensado bien, á mi entender, y lo ha hecho mejor. Ha traído á los debates, interesantes entre sandistas y mussetistas, piezas de gran importancia. Estas permiten establecer y juzgar sobre algunos puntos de la controversia que se mantiene desde hace tiempo. Pero no esclarece completamente ciertos otros, dejando campo libre á la imaginación y á las suposiciones.

Jorge Sand había tomado á pecho reducir y negar la acusación de *envidia literaria*, de haber sido la causa de una grave enfermedad al suscitar en Alfredo de Musset disgustos anteriores á esta enfermedad: la de haberle descaudado, dejado y abandonado durante ella... La correspondencia echa por tierra, todas estas acusaciones. Pero, á decir verdad, nadie las sostiene tampoco. No todo el esfuerzo de los mussetistas se lleva desde luego á la traición de Jorge Sand en Venecia, desde ella abandonó el enfermo, por el médico, á Musset por Pietro Pagello. Es verdad; las cartas confirman la célebre sucesión y el reemplazo histórico, pero no prueban que hubiese traición; al menos, el menos dichoso de los tres no se quejó de ser traicionado. Nos ofrecen un caso verdaderamente chocante de trinidad. El mundo no nos comprenderá, repiten los tres á coro. Pagello lo dice: voy á poner la letra en italiano. En una escuela dirigida á Musset alaba «la muda correspondencia de afectos que nos ligará siempre, con lazos sublimes para nosotros y para los demás incomprendibles, *noti sublimis per noi, incomprendibili agli altri.*»

¿Qué pacto suscribieron los tres? ¿Qué es lo que pasó en el hotel Danzell en aquella escena en que Musset vino con sus manos lavadas de un amante y su sucesor? Nosotros no podemos sino comentar la carta en que Jorge Sand recuerda aquella noche decisiva. Sabemos que ella la llamaba á Pagello su hermano y á Musset su hijo; ¿Qué familia! No podemos así interpretar, á nuestro antojo, las causas de la riña y la ruptura en Venecia de Jorge Sand y Musset. Jorge Sand escribe expresamente que su amante se alejó primero, pronunciando palabras irreparables. ¿Cuándo? ¿Qué palabras? La novela, la verdadera novela, las cartas, no lo refieren. Demuestran, no obstante, que jamás ocurrió esa vana aventura de la traición; que Jorge Sand era sólo la amiga y enfermera del poeta cuando amaba á Pagello. Musset fue advertido y consintió en ello. Es posible que él no viese el trisón de un sacrificio; los otros lo exaltarán por su conducta y harán la línea de que amamos con un amor heroico para la esterilidad. Esto es lo que explica sus relaciones y las expresiones de sus cartas. Antes de salir de Venecia, Musset escribía á Jorge Sand una escuela afectuosa. Y á medida que se aleja prodiga con efusión las seguridades de su ferviente adhesión y de su reconocimiento. Glorifica lo que ha habido de material en el amor de ella. Llega á París; se ocupa de los negocios de su amiga; va á visitar á sus hijos; hace sus encargos; le compra «guantes *gloves*, dos pares de zapatillas de satén negro y dos de tafleté negro en casa de Michéle, calle de Helder, porque el tafleté de Venecia es duro como una correá... ¿Es este el lenguaje y la actitud de un amante engañado? He aquí las primeras cartas. De una carta de ella dirigida á él ya en camino.

«... Adlós, ángel mío. Que Dios te proteja, te conduzca y guie un día aquí, donde estoy. En todo caso, ten por seguro que te veré en las vacaciones. ¿Con qué dicha, verdad? ¿Cómo nos queremos, verdad; no es verdad, mi hermano, mi niño? ¡Ah! ¿Quién te cuidará, á quien cuidaré yo? ¿Quién tendrá necesidad de mí, y de quién querré tener cuidado en adelante? ¿Cómo podré pasarme sin el bien y sin el mal que me proporcionabas? ¡Si pudieras tú olvidar los sufrimientos que te he causado y acordarte sólo de los buenos días! El último, sobre todo, me dejaré un bálsamo en el corazón que me allivará la herida. Adlós, mi palarito. Ama siempre á tu pobre vieja Jorge.

Nada te digo de parte de Pagello, sino que te llora tanto como yo, y que cuando le dije cuanto me encargaré para él, hizo como con tu ciega mujer. Montó en cólera y lloró.»

Fecha en Trévis, 30 Marzo.

De él.—Ginebra 5 de Abril de 1834. Aún no había recibido la carta de Trévis.

«... Te amo con todo mi amor, Jorge. En cuatro días hay trescientas leguas entre nosotros. ¿Por qué no hablarte francamente? A esta distancia no hay violencias ni ataques de nervios. Te amo, conozco al hombre que amas y estoy tranquilo. Las lágrimas corren abundantemente en mis manos mientras te escribo; pero éstas son las más dulces, las lágrimas más queridas que he derramado. Estoy tranquilo; no es, sin embargo, un niño rendido de fatiga el que te habla así. Te lo juro por el sol que veo, clarísimo en mi corazón como en su órbita. No he querido escribirte hasta estar seguro de mí...»

Esta mañana he paseado por las calles de Ginebra mirando los escaparates; un chaleco nuevo y una bonita edición de un libro inglés, he ahí lo que me ha llamado la atención. Me he visto en una luna y me he reconocido el niño de otras veces. ¿Qué habías tú de hacer, mi pobre amiga? ¡Este es el hombre que tú querías amar! ¡Tú tenías diez años de sufrimiento en el corazón; tú tenías, después de diez años, una sed inextinguible de felicidad, y esta era la caña sobre la que querías apoyarte! ¡Tú amarme, mi pobre Jorge! ¡Eso me hace temblar! ¡Te he hecho tan desgraciada! ¡Y cuántos males más terribles no estoy aún seguro de causarte! ¡Yo veré muchísimo tiempo, mi Jorge, ese rostro pálido por las veladas, que ha estado inclinado diez y ocho noches sobre mi cacerola! Te veré muchísimo tiempo en aquella cámara funesta donde tantas lágrimas se han derramado.

¡Pobre Jorge! ¡Pobre querida niña! Has estado engañada. Te creías mi amante y no eras más que mi madre. El cielo nos había hecho el uno para el otro; nuestras inteligencias, en su elevada esfera, se reconocieron como dos pájaros de la montaña; han volado la una hacia la otra, pero el abrazo ha sido demasiado fuerte. Es un incesto lo que cometemos.

Si, mi única amiga; yo he sido casi un verdugo para tí, al menos en estos últimos tiempos. Te he hecho sufrir demasiado; pero Dios sea loado, de que pudiendo ser peor no lo he sido. ¡Oh, niña mía, tú vives, eres bella, joven y te paseas bajo el más hermoso cielo del mundo apoyada en el brazo de un hombre digno de tí! ¡Bravo Joven! ¡Dile cuánto le quiero y que no puedo retener las lágrimas acordándome de él. ¡Si; yo no te he apartado de la Providencia; no he hecho más que desviar de tí la mano que debía guiarte á la felicidad! Quizá separándome de tí hago la cosa más tonta del mundo; pero lo hago, y mi corazón, á pesar mío, se hincha de lágrimas. Lleva consigo dos extrañas compañías: una tristeza y una alegría sin fin.

Escríbeme, mi Jorge. Ten la seguridad de que me ocuparé de tus asuntos. Que mi amistad no te sea jamás inoportuna. Respeta esta amistad más ardiente que el amor. Es todo lo bueno que hay en mí y piensa que ella es obra de Dios. Tú eres el hilo que á él me une. Piensa en la vida que me espera.»

De ella.—15 de Abril.

«... Que yo haya sido tu querida ó tu madre, poco importa. Que yo te haya inspirado amor ó amistad y que haya sido desgraciada ó dichosa contigo, todo eso no cambia en nada el estado de mi alma al presente. Sabes que te amo y eso es todo. *(Aquí hay tres líneas tachadas)* Velar sobre tí, preservarte de todo mal, de toda contradicción, rodearte de cuidados y placeres, he ahí la necesidad y el disgusto que siento desde que te he perdido.

¿Por qué esa tarea tan dulce, que había cumplido con tanto gozo, ha venido á ser poco á poco tan amarga y luego, de repente, imposible? ¿Qué fatalidad ha trocado en veneno los remedios que te he suministrado? ¿Por qué, yo que hubiera dado toda mi sangre para darte una noche de reposo y calma, he venido á ser para tí un tormento, un azote, un espectro? Cuando estos horribles recuerdos me asaltan—¿no se cuándo me dejan en paz!—me vuelvo casi loca. Empapo de lágrimas mi almohada. Oigo que me llama tu voz en el silencio de la noche. ¿Cuál es la que me llamará ahora? ¿Quién tendrá necesidad de mis veladas? ¿En qué emplearé la fuerza que he amizado por tí y que ahora se vuelve en contra mía? ¡Oh niño mío, mi niño, qué necesidad tengo de tu ternura y de tu perdón! No me hables de mí, no me digas que me has atormentado. ¿Qué sé yo de eso? Yo no recuerdo sino que somos muy desgraciados y que estamos separados. Pero sé, siento que nos amaremos toda la vida, con todo el corazón, con la inteligencia que nos aplicaremos el uno al otro por un afecto santo *(Aquí una palabra tachada)*, curándonos mutuamente el daño que hemos sufrido uno por otro.

JOSÉ GALTIER.

(Continuará).

Tuve que defenderme, hace pocos días, contra los reproches que me eran dirigidos por una alta señora. Colocado á su lado, supe por ella, lo que se piensa de mí en los salones decentes.

Mucho mal, me dijo.

—Todavía en política, pase, agregó, pero no respetáis á ménudo las creencias que son, sin embargo respetables.

—Señora, contesté con una dulzura que no excluía cierta firmeza, no hay creencias respetables.

—Decís? exclamó la dama estupefacta.

—Digo que no hay creencias respetables, no hay más que creencias. Cuando San Pedro y San Pablo llegaron á Roma, se encontraron frente á creencias consideradas entonces como infinitamente dignas de respeto por aquellos que las profesaban. Los romanos estaban aterrorizados á ellas desde hacía mucho tiempo, lo mismo como lo estais á las vuestras, y Nerón cumplió con su deber al defenderlas enérgicamente contra la propaganda de los recién lle-

gados. No era emperador, en efecto, sino para conservar el orden de cosas existentes; estando todos los emperadores y todos los monarcas colocados, desde ese punto de vista, en idénticas condiciones.

Si los mencionados Pedro y Pablo hubiesen sido detenidos, por las consideraciones en las creencias llamadas respetables, no seriais cristiana, ni yo cristiano.

Los dos tendríamos por señor, al señor de los dioses que fué Júpiter, como lo sabéis. Acudiríamos á los templos para implorar, según las circunstancias, á Minerva, á Venus ó Mercurio, en lugar de reeomendarnos á San Antonio de Padua y al bienaventurado Benito Labre, como tenemos la suerte de poderlo hacer hoy....

Este pensamiento, causando horror en el alma de mi vecina, calmó un poco su resentimiento. Me prometió abogar por mi causa en algunos salones decentes, y es un buen aliciente para mí en este día de fiesta.

H. HARDUN.

LECTURAS

El sacrificio de la vida puede ser también, en ciertos casos, una expansión de la vida misma, bastante poderosa para preferir un arranque de sublime exaltación á varios años de vida usual. Hay momentos en que es posible decir al mismo tiempo: vivo, he vivido. Si ciertas agonías físicas y morales duran años y si se puede, por decirlo así, estar muerto durante toda una existencia, lo inverso es también cierto y se puede concentrar una vida en un momento de amor y de sacrificio.

M. GUYAU.

El comercio consiste en comprar barato para vender caro, es decir, interponerse entre el productor y el consumidor para explotar á ambos: procura, pues, una ganancia sin trabajo meritório, y por consiguiente puede definirse diciendo que es el arte de robar eludiendo todo castigo.

* * *

Siempre he creído que lo bueno no era sino lo bello puesto en acción, que lo uno dependía intimamente de lo otro, y que ambos tenían un origen común en la naturaleza bien ordenada.

ROUSSEAU.

Infeliz todo hombre que vive sin deseos y sin vehementes afectos: tardo en el obrar y en el decir, languidece obscuro en el seno del ocio.

ALCEO DE MITILENE.

“MUSICA PROHIBIDA”

POR

ALBERTO GHIRALDO

(Un volumen de versos con ilustraciones de JUAN HOHMANN)

PRECIO: 1 \$ $\frac{m}{n}$

En venta en las librerías y kioscos de la capital

Pedidos á la Administración de MARTIN FIERRO

1072, Calle Santiago del Estero, 1072

CORRESPONDENCIA DE “MARTIN FIERRO”

C. Z. Velázquez, S. Nicolás.—Fueron ejemplares pedidos de «Música Prohibida» y MARTIN FIERRO. Recibidos \$ 5.20.—J. V. Velázquez, La Plata.—Recibimos \$ 1.20.—C. López Delgado, Capital.—Recibimos importe de tercer trimestre.—C. Olivera, Diamante.—Recibimos importe de tercer trimestre.

TIPOS MODERNOS . . .



Florideando



★ **Bombas**
de
Diafragma

PATENTE

DE LA

EDSON M^{FG} C^o

BOSTON

PARA LA EXCAVACIÓN INODORA

MINAS

DESAGOTE DE POZOS Y PANTANOS

JAGUELES

BAÑADEROS DE HACIENDAS

INCENDIOS, ETC.

**La Bomba más poderosa
á mano**

¡DÁ SIN VÁLVULAS!

Número 4 Trabaja por 2 hombres 23.000 litros por hora

» 3 » » 1 » 15.000 » » »

ÚNICOS IMPORTADORES:

Urien, Shine & Cía.

343 - San Martín - 347

(Frente á "LA NACIÓN")

•• BUENOS AIRES ••

